

4

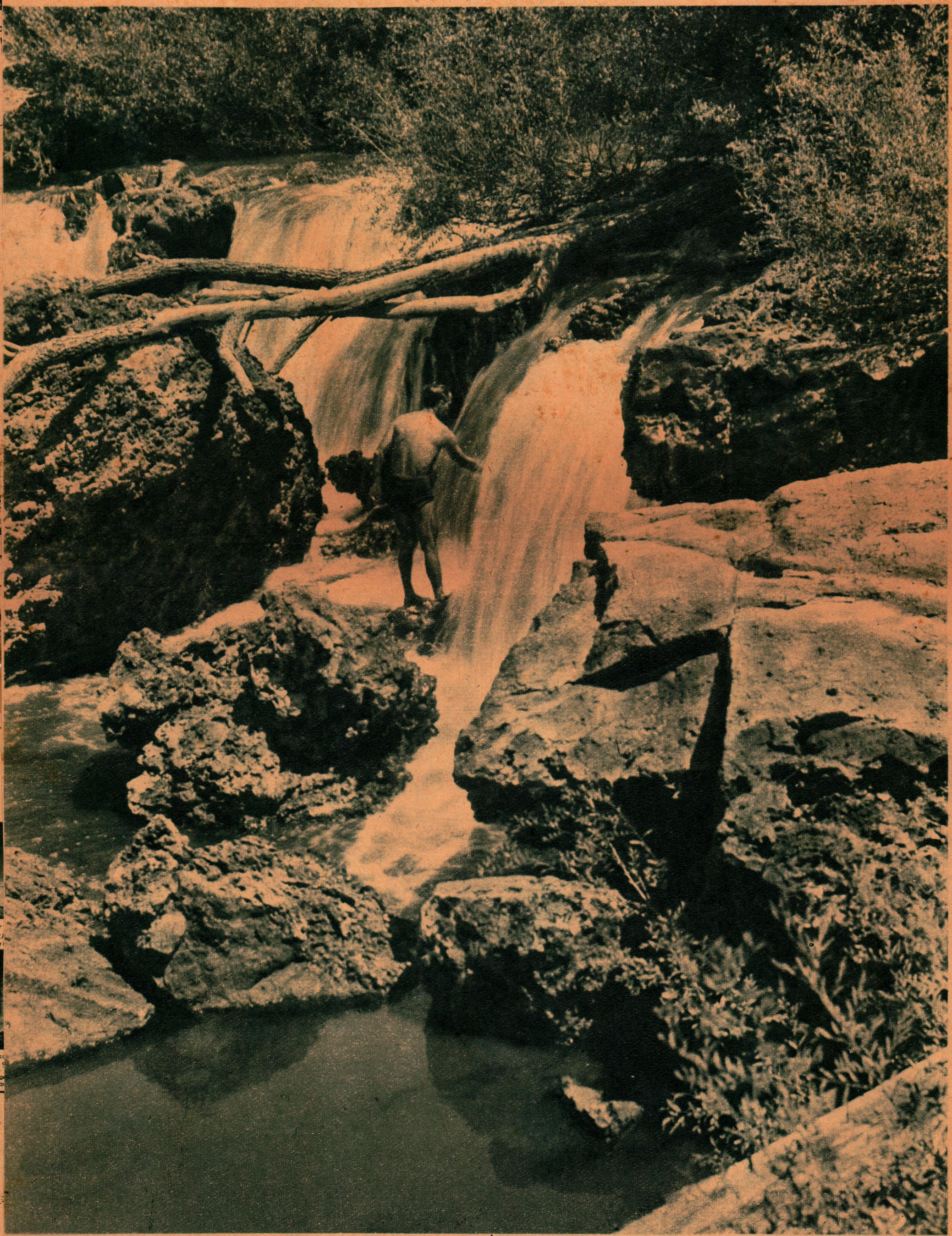


Mision de la caballeria montana

AÑO XXI. — Nº 1002.

EL DIA

MONTEVIDEO, MARZO 30 DE 1952



EXCURSION AL QUEGUAY.

Una de las múltiples gargantas que el río ha excavado en la roca, y por las cuales se desborda formando catafatas. El Queguay y sus afluentes riegan las dos terceras partes del Departamento de Paysandú.

"El caballero tiene espada por justicia y caballo por señorío".

Raimundo Lulio.

PARA ubicar la figura de nuestro gaucho dentro de la vasta tipología de los hombres de a caballo es necesario hacer antes un viaje en el tiempo y una correlación en el espacio. El tiempo nos dará las categorías históricas de la montada gente, y el espacio, las variantes regionales de las colectividades hípias.

Solamente así, poseyendo un rico vivero de símiles, es posible pulsar con ~~sonora~~ veracidad la profunda cuerda del alma criolla y escuchar a su compás una voz liberada de la vulgaridad anecdótica, del ceceo erudito, del engolamiento chauvinista.

Se ha descripto demasiado sin ahondar en las esencias. Se ha desestimado lo sustantivo por lo adjetivo, lo cultural por lo ornamental. Nuestro paisano ecuestre merece ya una interpretación sociológica, un atisbo humanístico, una ontología vitalista.

Para llevar a cabo esta tarea debe aislarse de la turba de los hechos la hebra dorada del espíritu que los condiciona y construir un sistema, trenzar una filosófica escala de Jacob. Remontando por esta escala contemplaremos el bosque sin que nos distraiga el árbol y comprendemos el presente avizorando los panoramas del pasado.

El primer peldaño fué el del jinete de la aurora, que hizo brotar de la prehistoria la infancia terrible de los imperios ecuestres; el segundo será el del caballero andante de los siglos medios, deportista del heroísmo, campeón de la justicia y paladín del amor.

La comparación de nuestro gaucho, caballero andante de las cuchillas, con el medieval desfacedor de entuertos y de agravios suscita una vívida luz, a cuyo resplandor es posible descubrir inesperadas relaciones.

Provistos de este método vayamos ahora en búsqueda del hombre de a caballo que dignificó a una época oscura y tumultuosa con la hidalguía de su sentimiento y el desnudo de su acción.

El escenario es la Europa entre los si-



En los ocios nobles los caballeros practican artes venatorias (Del libro "De la Chasse" de Gaston Phebus, 1380).

MISION DE LA CABALLERIA ANDANTE

glos X y XIII. El imperio de Carlomagno, dividido entre sus nietos, sucumbía bajo el empuje de las hordas ecuestres. Por el Este los magyares, montados en sus peludos caballitos incansables, se desparramaban en las grandes llanuras herbáceas regadas por

el Danubio; por el meridión, los árabes asolaban los campos y ciudades al compás del piafar de sus jacas veloces; y por el Oeste, los normandos, cargando equinos en los raudos barcos, descendían como bandadas de buitres sobre el cuerpo yacente del moribundo gigante carolingio.

Para luchar contra el hierro se levantó el hierro y para detener al caballo surgió la caballería. El caballo, empero, es un arma costosa y su manutención supone ingentes recursos. Con tal fin el hombre de a caballo recibió del poder central un beneficio, una posesión fundiaria poblada y trabajada por labriegos adscriptos a la gleba. El siervo debe cultivar el campo y alimentar los ocios guerreros del señor que cuando no combate contra el bárbaro se adiestra en artes venatorias.

Guerra y caza ecuestres. Sujeción y trabajo agrícolas. La vieja figura del montado cayendo sobre el labrador se repite. Ahora es el rey quien concede tierras en pago del servicio de armas y el agricultor quien se refugia tembloroso en el castillo del señor con sus vacas y gallinas, con sus granos y forrajes. Pero en su intimidad sustancial, en su logaritmo histórico, el hecho es el mismo: sobre la ~~paniega~~ tierra que recibe la simiente y entrega la espiga se yergue el consorcio mitológico y dominador de la bestia impetuosa y del jinete impaciente, mientras suenan, despiadados y agudos, los cuernos de la caza y las trompetas de la guerra.

Al atomizarse el poder cada barón se siente dueño de su dominio. Y cada castillo es una belicosa ínsula de piedra, un gris corazón almenado que en su sistole matutina exhala escuadrones ecuestres y en su diástole vespertal recibe jadeantes caballeros.

Ha comenzado el feudalismo. El puño como una crispada raíz de acero florece espadas, y cuando se alza desnudo en los luminosos mediodías es para servir de alcándara al halcón cetrero que regresa con una paloma en sus garras. La fuerza y la violencia imperan desatadas. Saqueos e incendios azoran a los apeados labriegos y enconan a los ecuestres señores. El hombre y el caballo desaparecen bajo el amparo de las armaduras. Se aristocratiza de tal modo la guerra que los encuentros entre fuerzas pequeñas en número deciden destinos populosos. Por esto, el jinete de la alta edad media, que es a la vez señor por su caballo, su destreza, su feudo y su ardimiento, debe proteger con ferradas defensas al noble bruto que cabalga y al bruto noble que bajo su epidermis alienta.

Nobleza y caballería se confunden en un principio. Bueno es ~~en~~ ~~este~~ ~~por~~ los actuales enamorados de su rancia propapia. En la promoción originaria de la genealogía que el aristócrata de sangre azul ~~hay~~ ~~bruno~~ ~~con~~ ~~elogios~~ ~~hay~~ ~~un~~ ~~matrife~~ ~~medieval~~, un perdonavidas blasfemante, un

señor de norca y cuchillo empapado en ~~roja~~ ~~y~~ ~~antigua~~ ~~sangre~~.

Un hombre de a caballo ~~era~~ ~~en~~ ~~el~~ ~~siglo~~ ~~X~~, noble por sus obras marciales y recibía en pago de su guardia de fronteras un feudo y un título. El nómada primitivo, que traducía en apropiación de especies su merodeo de mano larga y razones cortas, detenta durante la edad media un feudo como recompensa. Feudo viene de ~~tod~~, que en alemán viejo significa ganado. Ganado rumiante ayer; ganado humano ahora, recuas humildes de gente labriega, rebaños de pobres rústicos que las espadas diezman y las heraduras pisotean. Esta es la eterna moraleja del conflicto milenar entre montados y labriegos, del diálogo entre la espuela y el tamango...

Bertrán de Born, señor de Perigord, poeta a su manera y hombre de dura entraña, encarna el sentimiento despiadado de los primitivos jinetes feudales en los siguientes versos: "Ni el comer ni el beber ni el dormir me gustan tanto como la exaltación que siento cuando suena el grito de ¡Arriba! y los caballos relinchan y los hombres claman auxilio, y los caídos yacen en la tierra con el asta de la lanza clavada en el costado". "El labrador sigue al cerdo por su especie y por sus maneras: la vida moral le repugna profundamente. Si por casualidad alcanza una gran riqueza pierde la razón; así, pues, hace falta que su bolsa esté siempre vacía. Quien no oprima a sus labriegos no hace otra cosa que aumentar su maldad. Nadie debe compadecerlos cuando sus brazos y sus piernas se rompan y cuando se vea que les falta lo más necesario".

El feudalismo está en pleno apogeo. Una intrincada red de obligaciones ata a los vasallos —que pueden hasta ser reyes— con los ~~suzerains~~, esto es, los dispensadores de los feudos.

Combaten los señores entre sí. Quieren los representantes del orden divino poner coto al desorden terreno. Pero ni la tregua ni Dios ni la amenaza de excomunión alcanzan para sofrenar a los señores.

El redentor del Nuevo Testamento está muy lejos ya; en la edad media se sale de misa para ir al degüello y se representa la cruz en la empuñadura de los mandobles.

Entretanto la antigua paridad entre caballero y noble se disocia. El noble posee tierras y castillos. El caballero ha perdido tierras y castillos. Aquél vive engarfiado en su dominio, como un opulento puercoespín, guardando sus riquezas y deseando las vecinas. Este posee solamente un caballo, una armadura, un escudero a veces y siempre la fuerza de su brazo y el fuego de su espíritu. El noble se hace más y más sedentario. El caballero, sin vínculos jurídicos o económicos con la tierra, vaga libremente de feudo en feudo, ofreciendo sus servicios armados, lidiando en los torneos, perfeccionando sus cualidades heroicas. El barón celebra opíparos festines en sus mansiones amuralladas; el caballero soporta en el camino la cólera del frío, el polvo ardiente del verano, el hambre de las travesías, la emboscada del bergante.

Una nobleza original se inaugura bajo los cielos estrellados y en medio de los rigurosos campos: una nobleza trashumante, pobre, idealista; una nobleza de señorío adquirido y no heredado; una nobleza, en fin, debida al esfuerzo individual, al mérito propio, al corazón sin miedo y al músculo sin tacha.

La zarza comienza a arder de nuevo. En el tosco tronco del feudalismo del siglo XII se enciende la pura llama de la caballería andante. Y de su ceniza, en el siglo XIV se levantará, como un fénix caricaturesco, la venal figura del condottiero.

Nuestro gaucho también, como el caballero andante, era, en esencia, un deposeído. Constituían su caudal el caballo, el cuchillo, la destreza ecuestre y la épica enjundia. El terrateniente criollo, heredero de las grandes estancias del padre o del abuelo español, erguía en ellas sus casonas semejantes a fortalezas e imperaba en sus fundos. El gaucho erraba de pago en pago, conchabando sus servicios a un propietario que lo empleaba como domador, tropero, peón de rodeo u hombre de acción. La desierta penillanura nutría su individualidad fuerte que se enfrentaba al medio natural y al contorno biológico con ademán arrogante y seguro. Las largas troteadas curtían su cuerpo. Los combates con el merodeador o con el indio ~~redoblan~~ su coraje. Y cada prueba física, cada encrucijada espiritual, robustecía los valores de su personalidad, ennoblecía el acento de su varonía, encomiaban la potencia del hombre de a caballo americano, dueño de su destino como los dioses, libre como las ariscas ganaderías, bárbaro y heroico como la maestranza de su comarca y el riesgo de su oficio.

Vaya al encuentro del sol...

¡PROTEGIDA!

Por ser líquida limpia mejor el cutis y suaviza más sus manos.

Al acostarse límpiese a fondo el cutis con Crema Hinds, y de día, antes de empolvarse, úsela para proteger el cutis y fijar los polvos y maquillaje.

Su cutis, al influjo bienhechor del sol, cobrará salud y belleza... Pero bríndele a su piel la protección de Crema Hinds, que aminora sensiblemente los efectos de los rayos solares e impide que el cutis se reseque. Además, no olvide que, después del baño de sol, Crema Hinds, también es amiga de su piel, porque contiene suavizante lanolina que conserva su elasticidad natural.

ENRIQUECIDA CON LANOLINA

CREMA de miel y almendras HINDS

La crema COMPLETA!



Comienzo del feudalismo: Los Normandos ecuestres que transportaban en sus barcos los caballos, derrotan a los apeados sajones, en la colina de Senlac.

Pero volvamos al caballero andante de la edad media y a su misión sobre el convulso mundo de aquellos días.

Raimundo Lulio, el doctor *iluminatus*, teólogo heterodoxo, caballero, y español por añadidura, en su *Libro del Orden de Caballería* expresa así el origen de la institución: "Disminuyeron la caridad, la lealtad, la justicia y la verdad en el mundo. Y comenzaron la enemistad, la deslealtad, la injuria y la falsedad". Por eso, entre mil hombres fué elegido el más amable, más sabio, más fuerte, de más noble ánimo, de mejor instrucción y de mejores costumbres que los demás. También fué buscada entre las bestias la más bella, la más ágil y que con más nobleza pudiera sostener el trabajo. Esta bestia noble le fué entregada al hombre más noble entre mil y de esta alianza surgió la andante caballería. El teólogo mallorquín, al igual que un temprano Rousseau, esboza el cuadro ideal de un contrato entre el mundo sufriente y el caballero vindicador. Pero no ha terminado todavía el doctor iluminado. Falta la cauda de la servidumbre, el rezumo medieval de la teoría: "Para el alto honor que recibe el caballero no bastan la elección, el caballo, las armas y el señorío; porque también conviene que se le den escudero y garzón que le sirvan y se ocupen de las bestias. Y conviene también que las gentes aren y caven y limpien de cizaña a las tierras para que den los frutos de que deben vivir el caballero y sus bestias. Y que el caballero cabalgue y señoree; con lo cual halla bienandanza precisamente en aquellas cosas en que los hombres trabajan tan duramente".

De una manera más poética pero igualmente convencional, Don Quijote explica, en su maravilloso discurso a los cabreros, el nacimiento de la institución. Después de una briosa alabanza a la edad de oro, ya perdida por desdicha, añorada desde los tiempos de Hesiodo y vuelta a evocar melancólicamente por Ovidio, Virgilio y Séneca, el preclaro manchego, que reniega de "estos detestables siglos", dice que al ir "creciendo más la malicia se instituyó la orden de los caballeros andantes, para defender las doncellas, amparar las viudas, y socorrer a los huérfanos y a los menesterosos".

El hidalgo, fija su mente en las virtudes caritativas, no aclara en su alocución las demás misiones de la caballería andante. En su siglo y en su alucinado empeño sólo las citadas sobrevivían, pero en la época del gran auge, otros y más completos eran los menesteres del caballero. Raimundo Lulio, contemporáneo de la *escuela caligante*, enumera cumplidamente los oficios heroicos. Es oficio de caballero defender y mantener a su señor divino y a su señor terrenal; es oficio de caballero imponer la justicia; es oficio de caballero calgar y moderarse, correr lanzas, concurrir con armas a torneos y justas, hacer tablas redondas, esgrimir, cazar ciervos, osos y leones; es oficio de caballero sustentar la tierra, proteger viudas, huérfanos y pobres, tener caballo para guardar cami-

nos, amparar a los labradores y destruir a los malvados.

Un bello cuadro normativo, como se ve, que al ser llevado a la práctica certifica que "caballería no aprecia multitud de número sino que ama nobleza de coraje y buenos sentimientos".

El caballo es ensalzado casi a la par del caballero porque "se da caballo al caballero en significación de la nobleza de su valor, para que cabalgue más alto que los demás hombres, y sea visto desde lejos, y más cosas tenga debajo de sí, y para que se presente en seguida, antes que los otros hombres, donde lo exija el honor de la caballería". El villano que se hace caballero injuria al caballo y el caballero vil solamente debe cabalgar en asno.

Hasta aquí Raimundo Lulio. Vamos nosotros ahora a soltarnos del recio guantelete de su mano y a tentar una evaluación cultural de la caballería andante.

El caballero inaugura una esclarecida dimensión de la vida en el tenebroso ajetreo medieval de rapiñas e intemperancias. Rescata al ruiseñor de las garras del milano. Idealiza los sentimientos puros de la hidalguía y pone de nuevo a los evangelios sobre la tierra. Nómada como el cabalista prehistórico y sin ataderos con el solar labrantío que denigra al pobre y corrobora al rico, fabrica su linaje merced al ejercicio diario de su ciencia de diestro, de su arte de valedor y de su talante de justiciero.

Su peregrinaje de castillo en castillo, sus meditaciones bajo el sortilegio del nocturno cielo, sus lances en la soledad de la sierra y sus torneos con armas gentiles en las cortes de amor, lo hacen actuar en contacto alterno con la naturaleza rotunda y la cortesía palaciega, con el pulso telúrico y la reverencia galante.

Desde el punto de vista social el caballero andante es un voluntario policía de los caminos, que castiga al malhechor, pro-

tege al débil y socorre al menesteroso, desempeñando un ministerio de justicia, defensa y previsión no incluido en la *sanada* arquitectura del gobierno feudal.

El caballero y su trajín combatiente dan, además, origen a la heráldica o ciencia heroica de las armerías y blasones que distinguirá el abolengo de los linajes posteriores. Como el caballero combatía totalmente cubierto debía emplear un escudo con sus insignias y una divisa con su lema. En los torneos se lidiaba con el rostro oculto y la hazaña visible, con el físico en sombras y el ánimo encendido por el color y figura de las armas, con lo perecedero vestido de hierro y la inmortal memoria valerosa desnuda al sol de las generaciones presentes y futuras.

Cada figura del blasón poseía un valor simbólico. Un caballero incorruptible representaba su virtud por una palma; su defensa de un castillo sitiado, por un lebre; su celeridad, por un leopardo; su valentía, por un gallo. Y estas figuras se distribuían en escudos tajados, terciados, partidos o cuartelados donde el color gules significaba intrepidez, el azul serenidad, el sable modestia, el sinople esperanza y el púrpura dignidad. Aclaremos, por purito democrático, que traducidos los nombres de estos colores nobles al buen romance del pueblo quieren decir simplemente rojo, azul, negro, verde y morado, según su orden. *Es simbólico*.

Pero la del blasón tiene también una correspondencia vernácula. Nuestro gauch, luchando un día a la jineta con sus propios hermanos, reparó que en la confusión épica de las cargas a lanza era necesario un distintivo para no herir al camarada de armas. Nacieron así los colores tradicionales rojo y blanco. Y sobre esos colores el ingenio del criollo oriental bordó divisas con leyendas de entusiasmo partidario, de burla aviesa al enemigo, de requiebro viril a

la muerte. Caballeros y gauchos, hombres ecuestres al fin, confunden nuevamente sus seculares destinos. Pero lo que da a la figura del caballero prevalencia egregia *gallarda aureola* es la espiritualización de al mujer y su rendido amor hacia la misma.

Para los nobles terratenientes, sus esposas eran objetos más o menos amables que ocupaban un lugar en las alcobas y que los abastecían de hijos.

Para el caballero sin castillos, acostumbrado a las yacencias solitarias, la mujer era la dama de sus pensamientos, el sosten lejano de su brazo, el agua fresca de su sed, el ardiente sueño de sus noches y la devoción desmesurada de sus días. Por la mujer de su amor combatía y a todos los contendientes obligaba a reconocer su sin par hermosura. Prendado generalmente de una mujer casada, por una especie de catharsis, la sublimizaba y era totalmente fiel a su dueña espiritual. El atleta de los torneos y el rudo lancero de las lides a campo abierto, tenía un devoto corazón de doncel. En medio de los tiempos bárbaros, su amor es cantado por los trovadores y en las cortes de Provenza comienza a florecer una poesía lírica inspirada por sus dulces fatigas eróticas. Las novelas bretonas, a su vez, al celebrar a los caballeros de la fabulosa corte del rey Arturo, los toman como *paradigma* para los del oficio andante y hacen de la mujer el centro sonriente y delicado del mundo. ¿Y se quiere más ternura, más constancia y más bello adulterio que el del caballero Tristán y la castellana Isolda?

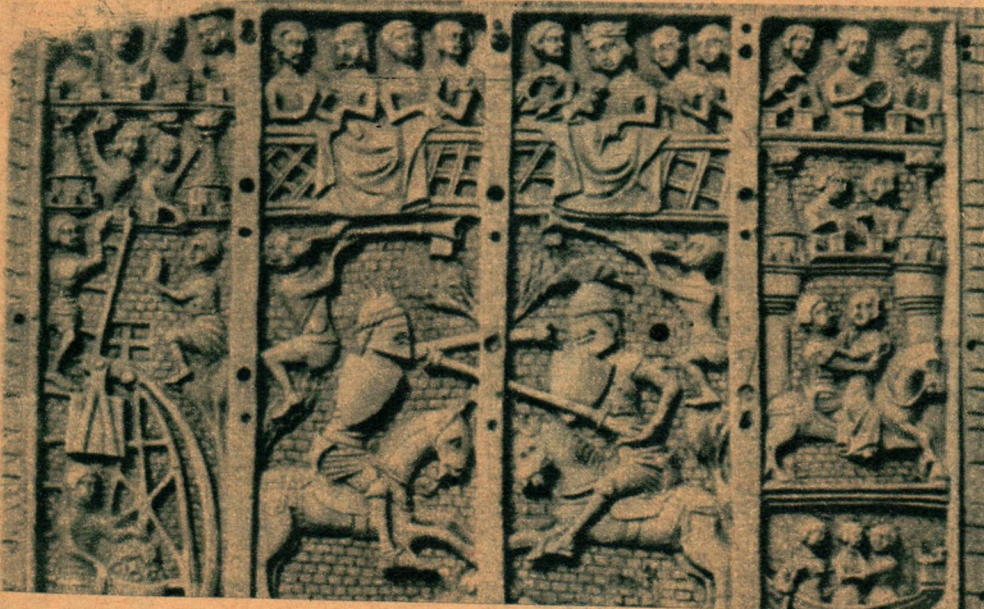
Solamente el hombre de a caballo puede desdoblarse de tal modo. Su rudeza de adalid esconde un alma resplandeciente, una consecuencia a toda prueba, un enamorado corazón.

El gauch tiene también por la mujer un culto apasionado y gallardo. Su compañera no es, como la triste hembra del inmigrante, que suya y gime sobre la gleba, un mero instrumento de trabajo y un vientre prolífero. Posee el gauch por su china una devoción melancólica e idealista; le canta vidualitas en las enramadas y estilos bajo las rojas lunas de primavera; cuando entra en pelea, sus pensamientos son para ella; cuando la fiesta rural estalla entre quitandas y vihuelas, la conduce en el baile con ademán altanero y complaciente; cuando la besa entre los jugosos pastos del crepúsculo, siente junto a su cuerpo el estremecimiento de las torcazas, la entrega cósmica de los frutos predestinados, el lenguaje elocuente de un amor que florece entre peligros y se dice adiós todas las auroras.

Libre vivir cabalgante y riesgoso, breve posesión y larga alabanza de la mujer, ánimo siempre listo para la actividad justiciera y desinterés por los bienes materiales: he aquí la tetralogía ilustre del caballero andante y del gauch peregrino, que sobre los siglos tienden un cordial puente de comunión humana en desvelada prueba de valor y de amor.

Daniel D. VIDART.

(Especial para EL DIA).



Un episodio del "Roman de la Rose". Con armas corteses combaten los caballeros por el Castillo del Amor. (Marfil de un cofre de Boulogne-Sur-Mer).